

lack of care in some of the references: Simón Díaz's bibliography is titled *Bibliografía de la literatura hispánica* and the usual siglas used for it are BLH; Bravo Vega uses BHL for a work which he titles *Bibiografía de la literatura española*. On p. 112 of Vol. 2 BNM MS 3979 appears as 2979; the "quiso" of l. 9, p. 134 of the same volume I assume ought to be "quise^"; and the Francisco Cascali Mercenensi of p. 174 (vol. 2) is presumably Murcenensi. A random check through the *Indice onomástico* also threw up some inconsistencies.

These criticisms and caveats should not, however, detract from the value of this work. Dr Bravo Vega has done a fine job in rehabilitating an interesting and worthwhile figure of Spain's Golden Age, a writer who pursued the classical path of Fray Luis de León and others long after it was unfashionable. His efforts, though doomed to failure in his own lifetime, were popular a century later and serve to remind us that the poetry of the early seventeenth century in Spain, was not monolithic or solely determined by the debate between *gongoristas* and *conceptistas*. There were other currents and styles in existence then and Dr Bravo Vega is to be congratulated for having brought one of them, their arch-exponent Esteban Manuel de Villegas and his circle of fellow humanists to our attention.

Trevor J. Dadson  
University of Birmingham

Fernando GONZALEZ OLLE, *Introducción a la historia literaria de Navarra*, Pamplona, Dirección General de Cultura del Gobierno Vasco - Institución Príncipe de Viana, 1989, 207 páginas.

Existe la opinión, bastante generalizada, de que en Navarra ha sido más bien escaso el cultivo literario; sin embargo, a juicio de Fernando González Ollé, Navarra ha contado con ingenios literarios de mérito suficiente para ocupar un puesto en la literatura española, tanto por su expresión románica como por su expresión eusquérica. Y buena prueba de ello son los 16 capítulos que componen su libro, pues en ellos va dando cumplida cuenta de autores y textos navarros, desde los orígenes hasta finales del siglo XIX, sin pretender —según declara al comienzo— una visión completa de la historia literaria de Navarra, ya que para dicha empresa habrán de realizarse todavía muchas monografías parciales. Con todo, los materiales analizados permiten definir características que se repiten una y otra vez en las páginas que los conforman: la literatura navarra se configura íntimamente entrelazada con la historia, no sólo porque de acontecimientos históricos se hace materia literaria, sino también por la demostrada voluntad, entre los escritores de esta área geográfica, por la exactitud histórica, que se manifiesta en ocasiones explícita y puntualmente a través de advertencias, por lo general irrelevantes, en las correspondientes obras.

El Prof. González Ollé sigue, en su exposición, el orden cronológico, de modo que el capítulo I está dedicado a “Los albores latinos”; en él comenta la noticia que San Eulogio de Córdoba, a mediados del siglo IX, proporciona sobre los cenobios navarros, los cuales se encontraban en una situación propicia para el florecimiento literario, por más que ninguna manifestación en tal sentido haya llegado hasta nosotros. En el año 923, como se sabe, la dinastía pamplonesa se desplaza hacia Nájera hasta finales del siglo XI; aquí, Sancho Garcés funda monasterios (San Martín de Albelda) e impulsa la vida monacal en otros ya existentes (San Millán de la Cogolla); parece ser que en estos centros, hacia los que convergen influencias mozárabes, castellanas, pirenaicas y ultrapirenaicas, la creación literaria no alcanza la cota más elevada de las actividades monásticas, aunque también es cierto que se han conservado —ahora sí— significativas muestras de su desarrollo, como se testimonia en los códices AHN 1007 B y BAH 25 de Madrid, en el *Codice emilianense de los concilios* (Escorial, d. l. 1) y en el *Códice albeldense* (Escorial, d. l. 2). Al margen de los monasterios, el siglo X ofrece, además, en el (BAH 78 de Madrid), unos *Versi domna Leodegundia regina*, pertenecientes al género epitalámico, que debieron componerse a mediados de la centuria precedente.

Este último poema interesa, asimismo, por la antigua documentación que aporta sobre la presencia en la corte pamplonesa de una despreciable juglarfa junto a representantes de un arte más refinado; alusiones posteriores a un *Cardelle iocularo* (1051), a *Poncius, iocularius regis* (1122) y a los ministriles *Jaquemim Paynon* y *Guillemin* (ya en 1363) informan indirectamente respecto a las actividades literarias con ellos relacionadas.

De más importancia es, sin duda, el *Cantar de Roncesvalles*, de carácter épico, a pesar del breve fragmento —dos hojas escritas por ambas caras— conservado en un manuscrito de 1310, cuyo original se cree del primer tercio del siglo XIII; Fernando González Ollé, frente a las opiniones desfavorables a la procedencia navarra del *Cantar*, tras analizar lingüísticamente los cien versos que nos han llegado, concluye que el empleo, aunque escaso, de formas léxicas no castellanas y las grafías típicamente navarras permiten afirmar que fueron compuestos en la misma región en que se descubrieron.

También de los albores del siglo XIII data un *Roncesvalles latino*, aunque de contenido muy diferente al del poema anterior, pues éste sirve para ensalzar la benéfica actividad desplegada por el establecimiento hospitalario de Roncesvalles, dirigida de modo especial al socorro de los peregrinos de Santiago.

Además de los textos en latín y en romance navarro citados —no se conocen, hoy por hoy, textos navarros en vascuence—, cabe mencionar todavía, como representantes de las minorías lingüísticas asentadas en la Navarra medieval, a Judá Leví (h. 1075) y Abraham ibn Ezra (1092), dos figuras de primera magnitud dentro de la literatura hispanohebraica; al poeta árabe Abul Abbas al-Tutilí (muerto en 1126); a Guilhem de Tudela y a Guilhem Anelier de Tolosa, versificadores en lengua provenzal, del siglo XIII. El mismo Teobaldo I (1201-1253) es autor de una vasta producción poética, en francés, que no parece haber obtenido ninguna resonancia en su Reino.

Ya al final de la Edad Media, los *Cancioneros de Herberay des Essarts*, de la *Universidad de Zaragoza y de Palacio* recogen algunas composiciones de Carlos Arellano, Francesch de Mescua y Juan de Valtierra, autores a los que se les supone, sin completa seguridad, ascendencia navarra. Pero en el inicio de los tiempos modernos destaca, por su singularidad, la obra *Linguae Vasconun Primitiae* (Burdeos, 1545), la primera escrita en vasco, y concretamente en dialecto bajonavarro; contiene 16 poesías, de carácter religioso, amoroso, autobiográfico y laudatorio, escritas por Bernart Echepeare; algo posterior, de 1643, es *Gero*, libro de naturaleza fundamentalmente ascética, cuyo autor, Pedro de Aguerre y Azpilicueta, también es conocido como Axular; redactado en dialecto labortano, *Gero* se ha convertido en modelo del vascuence cultivado, de manera que ha sido traducido a otras variedades del vasco y ha merecido para Axular el reconocimiento de ser el más acabado prosista de la literatura en eusquera.

Si de nuevo nos situamos en el ámbito de la lengua española, no debemos olvidar que en 1566 ve la luz la única obra de Jerónimo Arbolanche, figura de primer rango dentro del panorama literario navarro, si bien sus logros quedan lejanos de su aspiración inicial; de amplia cultura literaria, en consonancia con su humanismo, este tudelano intenta en *Las Abidas*, pues así se titula su libro, a lo largo de 11.000 verso, poetizar un mito turdetano —la leyenda de Abido— conservado a través de un relato de Trogo Pompeyo; en el desarrollo de este asunto se combinan motivos bucólicos, alegóricos y caballerescos, lo que demuestra que Arbolanche utiliza los principales géneros coetáneos en boga, subordinados a la presencia constante y abrumadora de multitud de temas y personajes de la literatura clásica, a continuas referencias mitológicas y a una erudición fabulosa, todo ello acompañado de una densa carga decorativa que recubre, hasta ocultarla, la línea argumental; no obstante, salvo en las poesías tradicionales, que desprenden frescura y gracia, Arbolanche muestra escasa habilidad como versificador en metros italianos, los más abundantes.

José de Sarabia es, para el Prof. Gonzalez Ollé, el príncipe de los poetas navarros; nacido en Pamplona en 1594, luchó en Flandes, fue alcaide del castillo de Fuenterrabia y ocupó después el mando militar de Navarra. *Su Canción real a una mudanza* (1628) lo acredita como ágil forjador de enunciados trimembres, con los que obtiene versos de rotunda belleza que realza el empleo de aliteraciones. En pleno Barroco, sobresale también Miguel de Dicastillo, natural de Tafalla, quien en 1637 publica en *Zaragoza Aula de Dios*, dentro de un género muy característico de su tiempo, el poema descriptivo; esta obra constituye, dentro de las letras navarras, la muestra de más prolongado y sostenido aliento poético, con las inevitables desigualdades debidas a su extensión.

Más tardíamente que en la poesía apunta el Renacimiento en la prosa navarra a través de fray Pedro Malón de Chaide y su obra, *La conversión de la Magdalena* (1588), de naturaleza ascética y pastoral, que posee indudables méritos literarios: entre ellos ha de mencionarse la reiterada presencia de enumeraciones, ordenadas en series paralelas, con amplio desarrollo sintáctico de cada miembro; queda patente, además, la reconocida destreza oratoria de su autor, el cual se encara con los lectores y los apostrofa.

El teatro navarro es fenómeno tardío, pues no se sabe de textos dramáticos hasta 1784, aunque sí hay noticias sobre autores, piezas y espectáculos vinculados a Navarra en tiempos anteriores; en dicho año, el tudelano Cristóbal María Cortés, en un concurso teatral convocado por el Ayuntamiento de Madrid, recibe mención de honor con derecho a publicación por su tragedia *Atahualpa*, compuesta en romance endecasílabo con una sola rima en cada uno de sus cinco actos; en esta obra, su autor lleva a la práctica la doctrina neoclásica de la función docente y moralizante del teatro, haciéndola prevalecer sobre la verdad histórica, si bien la importancia concedida a ésta le obliga a descubrir algún caso de anacronismo. A la pluma de Cristóbal María Cortés se debe asimismo *El triunfo de la Paz* (1785), rara pieza, en cien páginas 7 en la que traza la historia de su ciudad natal, cuya fundación atribuye a Túbal, nieto de Noé.

Con *El cerco de Zamora por el Rey Don Sancho de Castilla*, composición que consta de cien octavas reales, el pamplonés Joaquín Ignacio Mencos conseguía, en 1833, el premio de un concurso muy reñido convocado por la Real Academia Española; pero más que este trabajo, interesa comentar su posterior actividad poética, pues ofrece la particularidad de que, gracias a ella, la historia de Navarra se erige como fuente para su literatura por primera vez en época moderna: de ella se conocen *Inés* o *Guerras civiles de Navarra de 1452* (1841) y *Romances históricos. El Príncipe de Viana* (1880), títulos concebidos como parte de una obra mayor, en los que se hace un amplio uso —sobre todo en los Romances— del navarro antiguo. Se inicia así una corriente que tiene su más honda expresión en Francisco Navarro Villoslada, autor de *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879), novela —esta última— que se considera la mejor de su producción literaria; en ella, Navarro Villoslada maneja con eficacia todos los recursos específicos de la novela histórica; además, individualiza bien a sus personajes y crea en ellos verdaderos caracteres, muy diversos entre sí, de dramática complejidad algunos; demuestra, por otro lado, su clara preocupación por la exactitud histórica, la cual le lleva a auténticas reconstrucciones arqueológicas, justificadas a pie de página, lo que también se observa en las localizaciones geográficas.

En las últimas décadas del siglo XIX se crea la *Asociación Euskara de Navarra* (1878), la cual, a través de su revista, de contenido literario predominante, en vasco y castellano, acoge durante los seis años de su existencia la obra, en prosa y en verso, de Campián, Iturralde, Landa, Olave, Olóriz, etc., autores que muestran una vez más su preferencia por los temas históricos. Destaquemos, entre ellos, a Hermilio Olóriz, poeta comprometido, como diríamos hoy, de expresión poco original, aunque a través de su abundante producción, que tiene como finalidad la exaltación y servicio de Navarra (*El romancero de Navarra*, *Roncesvalles*, *Calahorra*, *Ecós de mi patria*, etc.) supo apropiarse las claves de estilos diversos, aplicados con soltura.

La historia literaria de Navarra posee, pues, un interés innegable, hasta ahora escasamente reconocido; el Prof. González Ollé ha logrado hilvanar con sabiduría las manifestaciones escritas que la configuran: valga como muestra el resumen que acabamos de realizar, en el que, necesariamente, no han quedado reflejados ni los

matices estilísticos ni las características de cada obra en todos sus pormenores, ágilmente analizados en las páginas del libro resenado. Ciertamente, a medida que avance la investigación, acaso el número de autores y de títulos pueda acrecentarse, siempre en la idea de que los atinados comentarios sobre temas, estilos y fuentes manejados por los escritores ya consagrados, a los que dedica su atención Fernando González Ollé, habrán de ser de indudable provecho para futuras contribuciones. Añádase que el libro se presenta en una pulcra edición, en la que apenas se anotan unas cuantas erratas de imprenta, y que intercala en sus páginas un selecto material fotográfico, así como reproducciones facsimilares extraídas de las principales obras estudiadas. De todo ello se concluirá que esta *Introducción a la historia literaria de Navarra* constituye, con seguridad, un trabajo con alicientes más que demostrados para interesar a todos los navarros, en primer lugar, porque habla de su pasado literario, pero también a quienes se preocupan, en general, por la literatura española, de la que esta literatura navarra es, a fin de cuentas, pedazo inseparable .

José M<sup>a</sup> Enguita Utrilla  
Universidad de Zaragoza